

anconra

SAN FELIU DE GUIXOLS - 12 ENERO 1960
NÚM. 665 AÑO XIV

¡TAMPOCO, ESTA VEZ!



Las más hermosas fiestas del año transcurrieron ya, quedaron atrás. Se han incorporado al mundo de los recuerdos a pesar de ser, en esencia, espera siempre. Especialmente, la más augusta, la Navidad.

El escritor quisiera que esas fiestas hubiesen sido felices para todos, que todos, sin excepción, hubiésemos gustado del sabor de paz y de ilusión de esas fechas. Deseo irrealizable. Voto imposible. Lo inesperado, — la desgracia, la muerte, la locura —, no respeta fechas.

No todos pudimos vivir la Navidad sin lágrimas, es cierto. Pero no es menos cierto, que todos pudimos vivir su espera, su preludio, con una hermosa esperanza. Del orden que fuese; no importa.

Y, por esta esperanza, el escritor ve, esencialmente, la Navidad como un preludio.

Todo antes es, en general, espera y esperanza. Sueño y proyecto. Pero el preludio de Navidad es esto y más aún, porque la Navidad es aurora, eternidad y promesa.

Se espera, esperé la Navidad, puesta toda esperanza en mí y más allá de mí mismo. Tanta esperanza, como para suponerme digno y merecedor del más imposible y maravilloso milagro. Tanta esperanza, como para esperarlo todo de la Fe.

Serenos y alocados, surgieron mis sueños. Y con los sueños, se perfilaron proyectos.

No fué mi espera estática ni me crucé de brazos. Preparé los caminos. Levanté un «belén» e iluminé un gran abeto. Ramos de olivo y acebo adornaron mi casa. Olivo y acebo, en la bandeja del pan. Muérdago en la puerta, para recibir a los mensajeros de la Buenanueva. Y en mi alma, una estrella encendida viajó temblando.

En la expectativa de un milagro, saboreaba ya milagros. Mi imaginación

supo volar cual alondra mañanera, y cruzó azules y alturas en un cielo de luz. La tierra que sobrevolaba tenía el verdor y el encanto de Galilea, la tierra de los más dulces milagros de Jesús, la tierra de la concordia. Los hombres, hermanos, habían depuesto las armas. La paz, que sólo en boca de Dios es palabra viva, alboreaba en el predio del nuevo hombre. Ya no era un simple voto o deseo. Y la contradicción había huído también de los corazones. Cada hombre era su propio hermano.

En la espera y esperanza del milagro, yo mismo era transparencia. En mí y fuera de mí, la comprensión y la comunión perdieron su calidad de utopía. Mi pan era todo horina.

En el eterno y cíclico milagro de Navidad, Dios nacería de nuevo entre los hombres. Y su lección sería, esta vez, aprendida. ¡Esta vez! ¡Este año!

No pensé un sólo momento en la carne endurecida, pétrea, de una simbólica Judea. Cuna y tumba de Jesús. Tierra de intrigas y semilla de fariseos. No pensé en el Gólgota de la muerte. Y, no obstante, el Calvario fué también parte de una lección. La más áspera, la más terrible. Mas, no pensé en ello. En mi ensueño, todo era luz.

Amaneció Navidad. Sonreían las calles, mi calle. Y un buen deseo floreció en cada corazón, en el mío. En los labios, una sonrisa.

No pasó más. Nada más.

Sólo un deseo de paz. ¡Y qué poco peso tiene un deseo!

Sigue y prosigue la guerra. Sigue indecifrado un mensaje, una lección. Llama la hoguera de los siete pecados, en cada rincón del mundo.

¿Hasta cuando?

Y con la pregunta, nos disponemos a esperar una nueva Navidad, como si la Navidad, para los hombres afincados en la tierra, no pudiese ser más que un hermoso preludio.

La primera Navidad no alcanzó su pleno significado hasta la Redención, después de la Cruz. La última Navidad, tal vez única para el hombre, se nos dará en el cielo, en el jardín de las almas. Después de la muerte, después del calvario. Mientras, será preludio, cántico de esperanza. — I. d'Andraitx

Sintonia

Cara y cruz

El domingo pasado fue un día señalado. Por el magnífico sol que lució. Fue un regalo. El regalo que muchos esperamos cada sábado, cuando llegamos al atardecer, una vez terminada la jornada. No es mucho pedir ¿verdad? Y sin embargo, hemos llegado a un tiempo en que muchos domingos brillan, no por su sol, sino por la ausencia de éste.

Por esto tenemos que decir que el domingo pasado fue una excepción. En verdad, fue un domingo de los que en otros tiempos podía incluirse en aquello que denominábamos «les minves del gener». Que lo digan sino todos cuantos estuvieron a presenciar los adelantos que se están llevando a cabo en las obras del «Fortim» en la mañana del citado día.

Y si esto fue la cara, luego, por la tarde tuvimos la cruz. Esta cruz que unos gamberros, masculinos y femeninos, nos la dedican todos los domingos en uno de nuestros dos cines, con sus algaradas y su fanfarronería. En verdad, y es muy lamentable, hace ya demasiado tiempo que se repite esta nota tan desgraciada, en la sesión de la tarde de cada domingo. Y lo es mucho más todavía, por ser bien contada minoría la que se impone y tiene en vilo a toda una sala de espectadores.

Lo curioso del caso es que cuando en la pantalla se sucede alguna escena violenta, escabrosa o de chulería, entonces hay silencio porque esta minoría se encuentra en su ambiente, y hay que aprender. Pero todo cuanto no suponga estas situaciones, ello está supeditado al alboroto de la minoría gamberra allí existente.

Podría muy bien terminarse con esta situación. Es de suponer que la empresa está convencida de ello, porque es de suponer, también, que si la autoridad propia del local llegase a ser insuficiente para atajar a este mal que nos aflige, se puede acudir a otras autoridades. Y entonces, quien paga una entrada para ver una película, sea buena o mala, se vería a salvo de esta situación que nada dice a favor nuestro.

El domingo que viene se da una película maravillosa. ¿Ocurrirá lo de siempre?